

La atronadora y repetitiva música retumbaba por las insonorizadas paredes de Rone's Bar. En un callejón oscuro y solitario, donde la niebla dormía humedeciendo las antiguas baldosas del barrio del Carmen, era dónde se ubicaba aquel antro de dudosa reputación y más sospechosa clientela. Aquel era el lugar preferido de Miquel y sus amigos para reunirse los viernes por la tarde, tras las clases de la Facultad. Tras toda una semana dejándose las manos en tomar apuntes, charlas tediosas sobre los más diversos temas, era el local perfecto para relajarse y prepararse para la maratón de fiesta, baile, chicas, alcohol, drogas y con, algo de suerte un revolcón rápido en los baños de una discoteca.

El ondulante humo del tabaco y el cannabis, flotaba y serpenteaba sinuosamente antes de introducirse en los pulmones de los aletargados clientes del Rone's Bar.

- Joder tíos. Este humo me está matando.

- ¿Pero que dices Raúl? Si tú fumas más que ninguno aquí dentro.

- Pero es que a mí, únicamente me gusta mi humo, y no el que sale de la boca de otros. - A pesar de la poca distancia que separaba la mesa de Raúl del lugar dónde unos quinceañeros se ahogaban con sus propios humos tóxicos, éstos no parecieron darse cuenta del comentario.

- Quizá deberíamos ir a un local de no fumadores...

- Y una mierda. Con el frío que hace... para salir fuera cada vez que me apetezca fumar un pitillo.

- Pues no te queda otra chaval.

- Si, eso, eso. Ajo y agua. Peor lo estoy pasando yo, que ni siquiera fumo.

- Pues jódete Miquel. Si no quieres no vengas más.

- Si hombre, con la buena música que ponen aquí...

Los cinco amigos llenaron el bar con sus sonoras y potentes carcajadas. Realmente odiaban aquel sonido infernal y machacante que Toni, el dueño del bar, insistía en poner a toda pastilla. Lo que realmente les parecía atractivo de aquel lugar eran sus ridículos precios, - en comparación con los de otros garitos - y la poca gente que entraba allí pese a eso.

Pagaron las cañas, sin dejar propina, y emprendieron el vuelo hacia las atestadas calles del centro, lugar de reunión de chicos imberbes, macarrillas pijos, rostros anodinos con problemas de acné y demás parásitos sociales.

Con las manos en el interior de sus bolsillos, y los rostros enfundados en bufandas, pañuelos y similares, caminaban los cinco con paso fuerte y seguro, sintiéndose casi los reyes de la noche. La gente, sobretodo la que sobrepasaba los cuarenta, se apartaba del camino de los silenciosos y siniestros jóvenes, juzgando sólo por su apariencia, desconociendo que aquellos chicos no eran más que niños grandes, sin rencor en su corazón, y un peculiar estilo a la hora de vestir.

Miquel no tenía más de veinte años, y veinte centímetros de suave y sedosa cabellera castaña. Sus ojos color miel no podían engañar a nadie que se atreviera a mirar en su interior. Por el contrario, su mejor amigo, Alberto, tenía los ojos de un frío color azul hielo, y podía conseguir si se lo proponía, hacer cruzar de acera al más pintado con la fuerza de su mirada. Miquel conocía a su amigo desde la infancia, y sabía de sobra que era todo fachada. Era la persona en la que más confiaba.

A Rafa lo conoció el primer año de carrera. A simple vista, parecía el típico muchacho hormonado con el cerebro reblandecido de no usarlo. Un chulito vamos. Pero resultó errar por completo al juzgar a Rafa tan pronto. Pese a su envidiable - y envidiado - cuerpazo, sí que tenía cerebro, y lo más sorprendente es que sabía como usarlo. Al ser Miquel uno de los mejores estudiantes de su clase no tardaron en conocerse y empezar a discutir y filosofear sobre las leyes y su aplicación. Algo bastante normal si se estudia Derecho. Raúl, un idealista como ya no los quedan, era un ligón de campeonato, y no sólo con las chicas. Con su locuacidad y su labia podía conseguir todo lo que se proponía de los demás. Así fue cómo les convenció a Miquel y Alberto de que compartieran piso con él, pese a ser fumador y un quejicoso. Jaime, el más guapo de todos ellos, y sin duda alguna el más simpático, era el mejor amigo de Raúl y pronto se integró en su elitista grupo de amigos, pese a no gustarle demasiado el rollo "emo" que todos compartían.

El Mac Frito al que se dirigían para saciar su apetito animal no estaba demasiado lejos, especialmente para chicos con piernas de metro y medio. La extensa cola de gente hambrienta provocó que los estómagos de los jóvenes comenzaran a rugir atterradoramente, sobresaltando a más de una adolescente pecosa, mientras los aromas de las grasas saturadas y la carne al fuego contribuían a acrecentar el hambre de los pacientes clientes.

- Deberíamos haber ido al Kebab, allí nunca hay nadie. - Replicó Rafa, que dado su tamaño, necesitaba ingerir grandes dosis de alimento cada dos horas para poder mantener su masa de músculos en pie.

- ¿Y por qué será?
- ¿Crees que esta bazofia es mejor Jaime? ¿Sabes de lo que está hecha esta carne?
- Sí. Sin embargo no sé de qué coño está hecha la carne de los apestosos kebabs. Aquí por lo menos tienen patatas y ketchup.
- Que ignorante llegas a ser... - Dijo Alberto, que siempre estaba de vuelta y media de todo.
- Y tú un gilipollas.
- Venga tíos, que ya nos toca.
- Miquel, El Pacificador.
- Ja - ja - ja. Muy gracioso.

La chica que les atendió no estaba segura de si era un pedido para cinco o para cincuenta, que esperaban en la calle. Un arrebatado de envidia femenina asomó a sus ojos por un instante. No entendía cómo los hombres de su edad podían tragar y tragar todo lo que se les antojara sin que se les notara un ápice en su físico, - quizá a excepción de unos cuantos granitos en la cara.

Lo pidieron todo para llevar, en esas grasientas bolsas de papel reciclado con olor a carne muy hecha. En las inmediaciones, en un parque relativamente tranquilo, se dispusieron a ingerir su cena, sentados en un frío banco rodeado de arbustos. Para acompañar su abundante festín, remojaron sus gaznates con un par de litronas fresquitas, que previamente habían adquirido en una tienda regentada por una familia china. Era una tienda que no cerraba, ni de día ni de noche, básicamente para enriquecerse abasteciendo de alcohol y comida a los jóvenes - y los no tan jóvenes - .

- Jaime, ¿a que hora quedaste con esas pavas? - preguntó Raúl mientras masticaba una patata frita.

- A las doce, ¿por?
 - Es que ya son las once y media. Deberíamos irnos ya si no queremos llegar tarde.
 - Si aun no hemos terminado de comer... - protestó Rafa, a pesar de que ya había engullido tres hamburguesas.
 - ¿Tenían coche verdad?, ¿por qué no las llamas y que vengan a recogernos?
 - ¿Así es cómo quieres triunfar esta noche?
 - Sabes que a mí me la suda Alberto, me puedo ligar a la que quiera en cualquier momento...
 - Y cuando la incauta vea que le espera un polvo rápido tras un contenedor de cartón...
- Las fuertes risotadas del grupo de chicos, impidió que Alberto pudiera terminar la frase. Cargando todavía con las sobras de su cena, y media botella de cerveza pasando de una mano a otra, se pusieron en marcha, atravesando las solitarias calles que les separaban de su destino.
- Un gato gris les salió al paso, quizá atraído por el olor a comida. Miquel fue el único que se molestó en llamar al animal para acariciarlo y ofrecerle los restos de su hamburguesa. Con paso vacilante, el felino se acercó cuidadosamente a aquel extraño, mordió el trozo de carne y lo sostuvo en sus fauces, mientras su mirada ambarina perturbaba al joven Miquel. No se dejó tocar, es más, en cuanto dio un paso al frente, el gato salió disparado en dirección contraria, escondiéndose bajo un coche aparcado.
- Tío, ¿Qué haces? Vamos a llegar tarde.

Un repentino escalofrío recorrió la espina dorsal de Miquel. Quizá si no hubiera sido tan escéptico y pragmático, se hubiera dado cuenta de que aquello no parecía precisamente un buen presagio.

Por fin, tras una larga caminata, llegaron a la plaza Canovas, donde un grupo de alegres chicas les saludaban con la mano y hacían luces con los faros de sus coches. Se acercaron sonrientes, con la desfachatez de sentir la victoria en sus carnes antes de haber comenzado siquiera la batalla. Jaime presentó a sus compañeras de clase y amigas de mus al resto. Él, en contra de la opinión de sus padres y de sus amigos, decidió estudiar lo que verdaderamente le apasionaba, Bellas Artes, a pesar de tener la certeza de que probablemente nunca llegaría a comer de ello. Tal vez, si el resto hubiera sabido que aquella carrera estaba plagada de chicas guapas, se lo hubieran pensado antes de estudiar Derecho o Economía.

- Y éste es Miquel. Está en Derecho y es el más listo de su clase.

- Si siempre fue un empollón. - replicó Alberto, que siempre tenía que decir la última palabra.

Las chicas comenzaron a reír coquetamente. Buena señal. Mejor señal aun fue cuando Miquel se percató de la escudriñadora mirada que una de ellas le propinaba. Casi se relamía los labios, sin sentir pudor alguno por ser tan obvia. Era la más guapa de todas, o por lo menos eso pensaba él. Miquel no pensaba que fuera el más resultón de sus amigos. No tenía el cuerpazo de Rafa, ni poseía la simpatía de Jaime o la locuacidad de Raúl. Ni desde luego era dueño de aquel halo de misterio y peligro que rodeaba a Alberto allá donde fuera, y que tan atractivo les resultaba a algunas féminas.

Con semejante competencia, la más de las veces que salían juntos de fiesta, Miquel se quedaba sólo al final de la noche, bebiendo

sorbos de un cubata caliente, esperando pacientemente a que llegara la hora en que los autobuses comenzaran su ruta.

Sin embargo, aquella parecía que iba a ser su noche, Marta mostraba un interés evidente aunque enigmático por él, y por su lenguaje corporal, intentando rozarle la mano con sus suaves y finos dedos, y besándole en las comisuras de los labios mientras se saludaban, no dejaba lugar a dudas de sus propósitos.

- Jaime ya nos advirtió de que ninguno traería coche, pero si sois tan ingenuos como para creer que vamos a conducir nosotras a la vuelta, je, vais listos.

- No nos hagáis esto, por favor... - repuso Rafa con una de sus mas encantadoras sonrisas.

- Vengaaaa. Y mañana traemos nosotros los coches...

Ellas rieron descaradamente, dejando profundamente desconcertados a los chicos. ¿No les creían o no esperaban volver a verlos al día siguiente? Sea cual fuere la respuesta al enigma, aquella noche se habían librado de conducir, y por ende, a moderarse con el alcohol.

Por supuesto, las chicas dejaron muy claro quienes llevaban las riendas, y que ellas eran las que elegían. Obviamente, ellos no tuvieron nada que objetar, especialmente Miquel, que se sentía encantado y congraciado con el universo.

Bailaron, bebieron, rieron. Marta rodeo con su brazo la cintura de Miquel, y lo acercó provocativamente hacia su cuerpo, mientras se movía al ritmo de la música. Las luces de colores palpitaban: rojo, azul, verde, violeta,... dejando en la penumbra el amplio pero abarrotado local. Aunque Miquel siempre se había considerado bastante torpe bailando, aquella noche se sentía especialmente

inspirado, y consiguió no pisar en ningún momento a su compañera. Ella, en un momento dado, sacó del bolsillo de su vaquero una bolsita de terciopelo negro, atada con un fino cordoncito rojo. De su interior sacó una diminuta pastilla en forma de corazón que colocó en su húmeda lengua. Atrajo hacia sí a Miquel, agarrándole fuertemente por el cuello. A pesar de que nunca había probado aquella sustancia, el pantalón le oprimía demasiado como para negarse a aquella boca que le ofrecía el paraíso con descaro. Se besaron apasionadamente, dejando que el éxtasis se disolviera lentamente entre sus bocas. Sintió un pequeño y frío hormigueo en el fondo de su garganta cuando sus labios se despegaron. Miquel bebió otro sorbo de su cubata de ron ya caliente.

La fiesta continuó, pero a él ya no le importaba. Se encontraba en el lugar más maravilloso del mundo, el interior del coche de Marta, amparándose en la oscuridad de la noche, y embriagados por la excitación y con los sentidos alterados y ampliados por el alcohol y las drogas. Nunca había sentido tal deseo en su vida. Sus temblorosas manos recorrieron con ímpetu el semidesnudo cuerpo de ella, la cual gemía débilmente.

Mientras embestía a su compañera de una noche, pudo ver, por un instante, cómo los ojos de ella se tornaban ambarinos, y sus pupilas se irisaban. Le recordó al gato pardo que había conocido unas horas antes. Sus cabellos mojados poseían ahora la textura de la gelatina y el aire que inspiraba parecía hielo, mientras que cuando lo exhalaba se tornaba ardiente como el fuego. El temor, lejos de amedrentarle, le excitó todavía más. Aquel era el mejor sexo que había tenido en la vida. Sólo habían consumido un par de pastillas-corazón antes de salir de la discoteca, pero fue más que suficiente

para dejar en la inconsciencia a Miquel, tras la bajada de adrenalina.

Cuando volvió en sí, algo desorientado, Marta le miraba sonriente. Ya estaba completamente vestida, y había arreglado sus largos cabellos rojizos.

- ¡Eh dormilón! ¿Quieres que te lleve a casa?

- ¿Qué hora es? - Por el embotamiento de cabeza y el sabor amargo de su paladar, sabía que seguía colocado, aunque en sus sentidos notaba cómo los efectos de las drogas iban menguando.

- Son casi las siete. La discoteca está echando el cierre, y no veo a tus amigos... ni tampoco a mis amigas.

- No sólo yo iba a tener suerte esta noche ¿no?

- Eres un encanto. - Le besó de nuevo, esta vez de manera más dulce y tierna. Miquel se estremeció de pies a cabeza. Lo que a la luz de las estrellas le había parecido atractivo, con las primeras luces del alba le parecía lo más hermoso que sus ojos pudieran ver jamás.

- Dime ¿dónde vives?

- No quiero ser una molestia, Marta.

- Que bobo eres... o ¿es que no confías en mí?

- Creo que ahora la boba eres tú.

Rieron sinceramente, y volvieron a besarse. Finalmente, tras apartarle un mechón de su rostro, arrancó el coche y él le indicó como llegar hasta su piso de estudiantes.

Esperaba no tener que encontrarse ni con Rafa ni con Alberto interpretando alguna escena pornográfica en el salón. Con verlo una vez en la vida tuvo más que suficiente.

- ¿Me darías tu teléfono Marta? Me has gustado mucho. - En silencio, maldijo el rubor que asomaba a sus pecosas mejillas. El ego de ella quedó encantado. Extrajo un pintalabios de su diminuto bolso y le apuntó en el antebrazo su número de teléfono, firmado con un beso de carmín.

- Este finde no puedo quedar, pero llámame la semana que viene ¿vale?

- Bien. - Los dos jóvenes se despidieron con un tímido beso, en comparación con los largos y ardientes morreos de hacía tan sólo unas pocas horas. Marta se marchó, con el rugido del motor del Raudi como banda sonora.

Con nubes en los pies y mariposas en el estómago, Miquel subió a su piso para meterse en la cama y tener dulces sueños.

.....
- ¿Cómo puedes dormir tanto Miquel?

- ¿Y tú cómo puedes dormir tan poco? - La resaca martilleaba su dolorida cabeza, y provocaba palpitaciones en los músculos de su estómago de manera alarmante. Tras vomitar un par de veces, y beberse casi de un trago el café recién hecho, Miquel se encontró mucho mejor.

- ¿Qué? ¿Qué tal anoche? - Miquel relató brevemente, y sin entrar en demasiados detalles, cómo habían transcurrido las últimas horas de su vida a sus amigos, ávidos de cotilleos post-fiesta.

- Que tío. Todo un campeón ¿eh? Cómo estaba Martita...

- Bueno, tu ligue tampoco estaba nada mal Raúl.

- ¿Luisa? Esa era una estrecha... me dejó el mástil más tieso que el palo de una escoba.

- Pringao. - Matizó Alberto, mientras sorbía lentamente el amargo café.
- Espero que vosotros no hayáis gastado todas vuestras fuerzas. Dentro de dos horas tenemos partido.
- Ya te dije que no podía ir. Tengo un parcial el lunes.
- Miquel, no nos puedes hacer esto tío. ¡Que si ganamos este partido nos clasificamos para la final!
- Tendréis que prescindir de mi rechazazo por esta vez... tengo mucho que estudiar. - Alberto intercedió a favor de su amigo, a su peculiar manera.
- Deja tranquilo al empollón. Que se quede ciego estudiando. Nosotros vamos a divertirnos. Además, llevamos sin perder cuatro jornadas... no creo que vayamos a fallar ahora.
- Tienes razón. De todas formas, Miquel tampoco es tan imprescindible... es más, es casi un paquete.
- Gracias por la parte que me toca.
- ¡Eh! Que eres tú quien no quiere venir.

Tras quince minutos más de agitada discusión, Raúl se dejó convencer de la inevitable ausencia de Miquel.

- Esta nos la debes tío. - Alberto y Raúl se prepararon para salir, pues habían quedado una hora antes para entrenar y calentar con el resto de su equipo. Mientras, Miquel se despejó con una buena ducha. Al salir del baño, sus amigos ya se habían marchado. "Por fin, creí que no me dejarían en paz". Si tenía que ser completamente sincero, no le apetecía lo más mínimo correr tras un balón durante más de una hora. Prefería quedarse en casa y prepararse el examen, y después ver alguna *peli* o algo así. Para él, salir de juerga traía

peores consecuencias que para el resto de sus amigos, pese a que jamás lo reconocería en voz alta.

No tardó demasiado en concentrarse, siempre había tenido gran facilidad para ello, incluso con el derecho civil, el rollazo más latoso que había tenido que aprender en su corta vida.

Toc - toc. Miquel giró la cabeza al instante de escuchar aquellos golpes. Parecían haber sonado desde el interior de su armario, pero eso era imposible. Fijó su mirada en la puerta del armario durante varios minutos, sin escuchar de nuevo nada extraño. "Serán alucinaciones mías". Intentó volver a concentrarse en el libro que tenía delante... TOC - TOC.

El salto que dio hasta la cama fue más propio de un acróbata que de un estudiante. Se cubrió con sus mantas, comprendiendo en seguida lo estúpido de aquella reacción, pero sin destaparse en absoluto. Esta vez estaba convencido de haberlo escuchado, fuerte y claro. Golpes en el armario, cómo si fuera una puerta y alguien quisiera entrar. Pero eso era imposible... TOC - TOC -TOC.

Un sudor frío y agrió comenzó a brotar a borbotones de la frente y las manos de un aterrizado Miquel. El corazón quería salir de su pecho a través de la boca. Con los ojos fuertemente cerrados era plenamente consciente de que no era posible, que era todo un producto de su imaginación, que si verdaderamente hubiera "alguien" en su armario ya habría salido o hubiera muerto asfixiado. Por increíble que pareciera, aquellos pensamientos no lo tranquilizaban. El hecho de tener la certeza que aquellos extraños ruidos no eran reales, no *podían* ser reales, tampoco aliviaba su temor. Encogido, con los músculos completamente agarrotados, la lengua seca y un exceso de sudoración, no se atrevía ni a respirar

fuerte para que aquel ruido no volviera, para que no le hiciera daño alguno. TOC - TOC - TOC. "Dios, ¿Qué me está pasando? ¿Acaso me estoy volviendo loco?" Lágrimas silenciosas comenzaron a mojar sus ahora pálidas mejillas. No entendía que estaba ocurriendo. Él no creía en fantasmas ni apariciones, pero la alternativa a aquello era la completa ausencia de su cordura.

Unas afiladas uñas empezaron a rascar la puerta desde dentro. TOC - TOC. Arañazos. TOC - TOC - TOC.

"Dios por favor..." A aquellas alturas apenas se atrevía a pensar. El miedo lo tenía completamente paralizado, un instinto completamente normal en los animales que sentían el peligro acechando. TOC. Miquel sentía que en cualquier momento su corazón podía colapsarse y morir dentro de su pecho. TOC. La muerte no le parecía ahora algo demasiado horrible en aquellos momentos. TOC. Arañazos en la puerta. TOC. La muerte le parecía un alivio inmediato de su terrible sufrimiento. TOC. "Dios,... ¿por qué no me matas ya?"

La puerta que daba a la calle se abrió y cerró de golpe. Unos pasos, pasos humanos, resonaron entre las paredes. Miquel no podía creer tener tanta suerte. Reconocería aquellos pasos hasta en el mismísimo infierno, más o menos dónde se encontraba en aquellos momentos.

- ¡ALBERTOOOOO! ¡ALBERTOOOOO! ¡ALBERTOOOOOOOOOOOO!

No paró de gritar su nombre hasta que sintió cómo las manos de su amigo le asían con fuerza por los hombros, y le zarandeaban enérgicamente.

- ¡MIQUEL! ¿Qué te pasa? - Pero Miquel albergaba en su interior demasiada tensión acumulada cómo para hacer otra cosa que llorar histéricamente, y seguir gritando. Alberto, casi tan asustado como el propio Miquel, intentaba consolar a su aterrado amigo. No podía entender su comportamiento, pero estaba claro que necesitaba su ayuda.

- ¿Te encuentras ya mejor? - Miquel asintió con la cabeza, manteniendo su vista fija todavía en la puerta de su armario. Curiosamente, desde que Alberto entrara en su cuarto, los ruidos habían desaparecido y dejado de atormentarle.

Completamente avergonzado, Miquel intentó relatarle lo que Había sentido. No sabía que ya habían pasado tres horas desde que sus amigos se marcharan. El creía que habían sido tres años.

- Bueno, ha podido ser una pesadilla. - La profunda y perturbada mirada de Miquel le confirmó lo bien despierto que había permanecido todo este tiempo. No sabía que decir, ni que pensar. Ninguno se atrevía a pronunciar palabra alguna, y menos ninguna palabra relacionada con *locura*.

Salieron de aquella habitación que apestaba a sudor y miedo. La cerraron tras de sí, sin preocuparse en lo urgente de su ventilación.

- Pensaba salir a celebrar la victoria con los chicos...

- ¿Habéis ganado?

- Sí. - Alberto le dedicó una de sus escasas sonrisas, y observó aliviado cómo el cuerpo en tensión de Miquel comenzaba a relajarse. Le contó como había ido el partido, sin omitir ningún detalle, por absurdo o inútil que pareciera. Una conversación tan banal parecía descongojar la atormentada alma de su amigo.

- Los chicos pensaban ir a festejarlo, pero yo prefiero quedarme aquí contigo. - Después de tantos años de amistad, la complicidad entre ambos dijo, sin ser necesarias las palabras, lo agradecido que se sentía Miquel por no dejarlo a solas en aquellos momentos.

- Podemos pedir comida china y ver una peli ¿no?

- Me parece bien. - Ahora Miquel no podía comprender que era lo que le había ocurrido, ni por qué había reaccionado de manera tan exagerada. Se sentía mucho más tranquilo, y las horas anteriores se mantenían difusas en su memoria, casi cómo el recuerdo de un terrible sueño.

- Si me disculpas, antes voy a ducharme, apesto cómo un cerdo revolcándose en sus propias heces.

- No te pases Alberto. Quizá sólo cómo las heces simplemente...

Ambos muchachos rieron sonoramente, más por liberar la adrenalina que por la escasa gracia del chiste.

- Ves llamando tú mientras me ducho. A mí pídemelo de siempre.

El sonido del agua corriendo hacia el desagüe acompañó a Miquel mientras telefoneaba al restaurante chino dónde siempre pedían la comida. Colgó el auricular, tras largos minutos intentando hacerle entender a su interlocutor lo que deseaba para cenar. TOC. "No es puede ser." TOC - TOC. "Es imposible." TOC - TOC - TOC. Una extraña sombra de tamaño humano cruzó por delante de los ojos de Miquel. Esta vez, su instinto le dijo que debía correr, era la otra arma defensiva de las bestias indefensas. No lo pensó, ni dudó. Sus piernas cruzaron el salón - cocina en cuestión de milésimas de segundo. De ahí a la calle, a pesar de separarle sesenta y siete escalones, duró lo mismo que un suspiro. Sus atléticas piernas no

dejaban de correr, no podía parar, pese al riesgo palpable de ser atropellado por algún vehículo. Y a pesar de la velocidad que alcanzaba con las fuerzas de sus músculos, *sentía* que la sombra le seguía, se acercaba amenazante, con sus nauseabundos *ruidos* persiguiéndole. TOC. Ya no era capaz de distinguir de dónde provenían. El aire se agolpaba en sus agitados pulmones. No tardaría en desplomarse exhausto en la fría y húmeda calzada, pero no podía permitirse bajar el ritmo. La sombra le seguía y acortaba distancias. TOC. Los borrosos rostros de la gente que pasaba por su lado sólo veían a un chico corriendo despavorido, pero ni rastro de aquella sombra ni de ningún sonido extraño. TOC.

Casi ahogándose, escupiendo bilis, cayó de rodillas al suelo. En el reflejo del charco de su propio sudor que se iba formando con las gotas que brotaban de su rostro, vio claramente a la sombra, TOC, con sus diminutos ojos rojos y brillantes, TOC, blandiendo alguna extraña arma en su cuerpo etéreo y antropomórfico. TOC. Cerró los ojos con fuerza, esperando el fatídico golpe que terminara con su vida y su sufrimiento.

.....

- ¡Acompañantes de Miquel Ferrer!

- Yo. Sólo yo. - Respondió Alberto a la doctora, que había aparecido en la sala de espera del hospital con su carpeta gris y mirada sombría.

- Hemos tenido que sedar a su amigo. Se encontraba en pleno ataque de ansiedad, casi al borde de una parada cardíaca.

- ¿Qué le ocurre doctora? - Los cabellos de Alberto seguían algo húmedos, limpios. Su fragancia era el aroma más agradable en aquel lugar aséptico y con olor a lejía y enfermedad.

- Todavía es muy pronto para realizar un diagnóstico fiable, pero mucho me temo que pueda tratarse de un brote esquizoide o psicótico. - Tras una pausa que aprovechó para ojear los informes esquivar la mirada herida del chico le comunicó si deseaba ver a su amigo, antes de ser ingresado en observación psiquiátrica.

- Es probable que no pueda recibir visitas en algún tiempo.

- Deseo verle.

- Debo avisarle de que su estado no es demasiado agradable de ver.

- No importa.

Alberto siguió a la doctora, que avanzaba rápidamente por los laberínticos pasillos del hospital.

- ¿Ha avisado a sus padres?

- Viven en Liria, no creo que tarden demasiado en llegar.

Miquel estaba tendido en una cama con ruedas de sábanas grisáceas, antaño blancas. Un par de goteros se introducían por su cuerpo a través de las venas de sus manos. Él y la enfermera que empujaba de la cama esperaban ante las puertas de un ascensor.

Alberto apoyó el brazo en la cama para poder tenderle la mano a su amigo.

- Hey. ¿Cómo te encuentras campeón?

- Bien... ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

- No te preocupes por eso ahora. Relájate ¿vale? No ocurre nada.

La mirada y los gestos trastornados de Miquel contradecían las tranquilizadoras palabras de su amigo, que contenía las lágrimas a duras penas.

TOC. La sombra apareció al fondo del pasillo. TOC. Con sus largas y afiladas uñas, que antes había confundido con un arma, arañaba la pared conforme se iba acercando a él. TOC - TOC.

Alberto percibió cómo tanto la expresión cómo la postura del cuerpo de su amigo, se tensaban bruscamente. Sus ojos desorbitados se encontraban fijos en algún punto de la pared. Parecía cómo si siguiera algo con la mirada.

La sombra se acercaba. TOC. Y aunque no podía ver su rostro, quizá porque careciera de él, TOC, imaginaba su burlona y siniestra sonrisa. TOC - TOC.

- Tranquilo, Miquel. No hay nada. ¡No hay na - da!

Pero Miquel no se tranquilizaba. TOC. Sus desesperados gritos resonaron en toda la planta del hospital, erizando el vello de todos los presentes. La doctora, con ayuda de Alberto y la enfermera, consiguió inyectarle un sedante más fuerte a Miquel vía intramuscular. Miquel cayó profundamente dormido en cuestión de segundos.

El ascensor al fin llegó a su planta. Las puertas se abrieron, dejando pasar a la enfermera y la cama con su amigo tendido inerte, inconsciente. Ni siquiera el sedante fue capaz de borrar de su rostro aquella expresión de pánico que quedó grabada en la mente de Alberto por siempre jamás.

Aquella vez, fue la última que Alberto vio a Miquel. TOC.